EL PLANETA QUE ME TOCÓ VIVIR

Manuel Tejedor Rábano

Primera edición, marzo de 2024
© Manuel Tejedor Rábano, 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19970-95-4
IBIC: DCF
DEPÓSITO LEGAL: M-6377-2024

EL PLANETA QUE ME TOCÓ VIVIR

Manuel Tejedor Rábano

avant
editorial

a. El temperamento de agua

Gaviotas

El vuelo frágil de las gaviotas denota al marinero
una indolente tierra que, perezosa, su alma llena.
Agitándose las olas de marfil y verde eterno,
sigilosos cantos que la costa a la mar destierra.

Son como voces perdidas de siglos que le reclaman.
Celosas, mandan en vuelo toda la belleza.
Ausentes, la soledad de lechos nocturnos demandan,
pero antes, con alas de virgen, su candidez reflejan.

Mas el marinero es viajero, tiene corazón de cera,
al albor de nuevos soles derramará su grandeza.
Tiene todos los mares redondos, anhelantes de sus velas,
todas las gaviotas del mundo, ofreciéndole pureza.

Ballenas II

Entre masas marinas de muros,
fósforo cerebral alumbrando un mundo,
una persecución de universos de especies
entre paredones de agua, surtidores de sangre.

La roca es dura,
tan blanco y rojo, el coral.
Hay que sumergirse
submarino carnal,

para salvarse,
quitarse el mar de la piel,
desenterrarse sobre la arena
y expirar.

Un tiburón persigue,
con sangre terrenal de un mundo aparte,
por siglos de vírgenes aguas, eliminando interferencias marinas,
con crueldad a la belleza.

Lobo de mar

Se cercioraron las caracolas enarenadas
que, varados, los barcos aprendieran su nombre.
Había amarrado en los puertos más ocultos
y descubierto los rostros sosegados y amargos de los hombres.

Se convirtió en lobo de mar con sabiduría aprehendida.
Gozó del corazón de todas las mujeres conocidas
el rescoldo del engaño que abrasa para la eternidad,
pero que también incendia la llama del amor intuido,
el faro de los escollos que alumbra para la eternidad.

Zozobró en tormentas de pasiones desconocidas,
sin que nada supiera jamás de salvavidas.
Su inocencia desarmó a la emboscada mentira,
su ánimo hendió la quilla en todas las partidas.

Recuperó la inteligencia perdida, conociendo gente.
Amó la verdad que, convertida en viento, henchía sus velas,
mas cuando todo era monótono, su imaginación infiel mentía.
La espuma de su sangre como olas aturdía.

Sirena

Solía ir a la costa a añorar barcos
de la lejanía perdida en su horizonte,
a descubrir el tiempo con colores plateados,
surcando como gaviota el monte acantilado.

Solía posarse descalza por la arena,
correr entre espuma y agua salada,
sentarse absorta, con cara serena,
la mirada inundada de la calma.

Solía oler su cuerpo a yodo de algas,
el viento erótico esculpía arte en carne.
Su piel en sal se volvía escamas,
por un momento se me prendió la sangre.

Solía ir, alejándose entre gaviotas,
a encontrar al marinero perdido de sus barcos.
Desapareció. Anduve sus pasos descalzos sobre rocas,
solo escuché, frente al mar, sus cantos.

Marina

No bañes tus ojos de mar con lágrimas,
aunque despacio recorran la piel, dejándola salada.
Piensa que tus penas jóvenes son solo olas de espuma,
que nunca podrían mover tus dulces sueños de roca desolada.

Piensa que te espera el calor de la querida tierra,
marinera de los azules ojos, aunque te llame el mar,
el sustento de una barca, unas redes y tus manos.
Cuando regreses al alba, traerás con tu mirada la calma.

Olvídate del mundo apartado del trabajo.
Esos que ves son solo marionetas multicolores,
peces coloridos con venenosas espinas,
pálidas máscaras, que desprecian la ruda pesca.

Marina I

Campesina de las aguas,
te haré un collar de conchas y caracolas.
Sirena del mar,
nuestra cabaña construiré de algas.

Al amanecer,
recibiré tu brisa marina,
araré los esteros
entre bosques de olas.

Me traerás la tormenta
y criaré manzanas bivalvas.
Yo te traeré el pez,
tú las minas de esmeralda.

Yo, tu amante de la tierra,
capitán de tus barcos de coral.
Tú, mi querida y amantísima mar.
Yo deseo tu arrolladora luminosidad.

Temo tu ira
e iracunda te amo.
Sé que eres vengativa
y un día me inundarás.

Marina II

Madre, quisiera ser marinero,
de día, bordeando la ribera,
de noche, anclando luceros,
si el viento despliega mis velas.

Padre, quisiera ser marinero,
si el mar flota esta su barca.
De día, del mar navegante soy entero,
de noche, acordándome de casa.

Mi tierra, quisiera ser marinero,
si el viento ondea esta bandera,
de día, faenando entre compañeros,
de noche, con la frente a nuestro pueblo.

Anclas de hierro forjado, anclas de libertad,
velas de tela tejida, velas de libertad,
cascos de serrada madera, tablas de libertad,
redes de hilo trenzado, redes de libertad,
barcos de los pescadores, ¡barcos de libertad!

La isla

¡Que no es península,
que quiere ser isla,
no está atada a tierra,
sin embargo, es tierra!

Más delicadas vibran tus flores,
eran solo un leve grito,
quejido asomado a los balcones,
ventanas de los barcos sin tiempo.

Lejos de todo y de todos
con la fragilidad de la gaviota,
sin posarse en tus playas,
tu horizonte surcarán todos.

Islas costeras

Islas moribundas
al anochecer,
cansadas de la luz,
os cerca el agua
y las diminutas luces
de los faros y los barcos.
Aquel plomizo cielo,
con manto beige delicado,
os arropa con el suspiro
de una brisa por caricia.

Los gemidos de los forzados
se esconden, agazapados, en las caracolas
y las conchas marinas, monótonamente,
tararean los sonidos del mar
en el fondo de olas minerales.

La estrella polar
tirita y tintinea
una nana de mar.
Zozobra por cubierta,
peces boreales
extenuándose entre redes.

Marien: marinera muerte

Es la hora de abandonarse
al mar,
de descolgar el brazo abierto
hacia la espuma
con la palma de la mano libre.
Frente a los aires
mirar, de soslayo, sin apenas inclinarse,
las barcas que cruzan
el horizonte.
Con la espalda adherida a la arena
y el rostro de cara al sol caliente,
cuando venga la tarde me encontrará tendido,
abrumado de azules.
Pienso resistir así
hasta que el sol se deshaga ensangrentado
y la penumbra me llegue a cubrir de frío
la piel.
Cuando note que la arena se incrusta
en mi carne,
despacio, para no arrastrar el paisaje,
lentamente
levantaré mi tumba.

La mujer de mar II

Es tan joven como el vientre que parió su hija
con su pelito de marrón seda,
tan alegre como la sal que vierte su risa
con sus profundos ojos negros renegadores de penas.

Todas las tardes se la ve frente al mar,
meciendo a la diablilla entre dos juncos,
apretando a su amada, que despierta va,
entre sus dos pechos de almohada.

La vi sentada en las escaleras
que bajan
cinco marineros hambrientos de playa,
un día de mayo gaditano.

Era tan niña y tan madre,
no dejó que la marea
se vistiese de doradas guerreras
ni que pensásemos que estuviese casada,

o que, solo por una conversación,
su voz dejase de acunar
por llegar tarde.

Frente al mar
solo se duerme de cansancio
y las voces fuertes y cariñosas
mecen a los niños.

La loca del puerto

Es una loca que al mar va a reencontrar su locura,
una madre que perdió a su hijo marinero por dentro
o acaso una viuda que, con sus hijos, espera el puerto
y que ocaso y amanecer se fundan en un horizonte divino.

Nadie ve el oleaje de sus ojos cuando piensa en mar.
Ensimismada, ve desfilar a los espectros de tantos marinos muertos,
intentando reconocer la sonrisa de agua reseca de aquel que ama,
mas la procesión embozada lleva oculto el rostro de negra agua.

Ve desfilar a piratas con sable en la boca
para no mentirla.
Bucaneros caníbales, devorando la carne de sus muertos,
para comerse su muerte.

Pescadores que tiran y recogen sus redes incesantemente,
vacías siempre, porque están muertos o son siempre eternos.
Corsarios cobardes, contando las monedas por los gobiernos pagadas,
entre cacería y cacería de valientes que defienden a absurdos gobiernos.

Marineros blancos, inmaculados como ángeles, cantan
y parece que rezan.
Otros, de azul marino, se confunden con la mar
para mejor morir.

Hay algo absurdo en la mar de matriz y cementerio,
también allí, en el puerto,
donde la loca del mar reza,
reza y recuerda incesantemente lo absurdo.